

Amanece una nueva era para el mundo

JESSE JACKSON*

EL MUNDO, 20.01.09

La toma de posesión hoy de Barack Obama como primer presidente negro de Estados Unidos constituye un magnífico momento en la carrera, que se ha prolongado durante décadas, en pro de los derechos y libertades en todo el mundo. Para muchos, Obama representa la esperanza frente al cinismo. La gente confía en que logre implantar de nuevo los valores democráticos de Estados Unidos. Simboliza la redención de un pasado sórdido. Supone el amanecer de una nueva era.

Barack se alzarán esta tarde sobre muchos hombros famosos, como los de Mahatma Gandhi, Martin Luther King y Nelson Mandela. Pero también sobre los de millones de personas anónimas y desconocidas que hicieron posible su victoria. Su toma de posesión se va a celebrar por igual en aldeas de Kenia y en barrios de Kansas. Su triunfo es a la vez reflejo e inspiración de estos tiempos, y el símbolo de una magna asamblea multirracial, de una coalición que creyó que juntos podríamos conseguir lo que por separado no habíamos logrado.

Las cifras son asombrosas. El pasado 4 de noviembre, Obama recibió el 95% del voto afroamericano, dos terceras partes del latino y dos terceras partes del de los jóvenes. Obtuvo mayorías enormes entre los asiáticos americanos, los americanos nativos, los votantes judíos y los votantes árabe-norteamericanos. Y arrasó entre los afiliados a sindicatos, los homosexuales, las mujeres solteras y los no creyentes.

Se han tardado décadas en cultivar esta victoria. No podría haberse producido antes en EEUU. Al menos nunca antes de 1954, cuando el muro de la segregación legal nos tenía sumidos en la división, la ignorancia y el recelo. Piénsese en los negros veteranos de guerra que regresaban a casa en la Segunda Guerra Mundial, que exigieron con éxito la integración de las Fuerzas Armadas. O en el caso de Brown contra el Departamento de Educación en 1954, que definitivamente puso punto final a siglos de segregación racial. O en Rosa Parks cuando en 1955 se negó a moverse a la parte de atrás del autobús. O en Martin Luther King, que concentró a millones de manifestantes en Washington en demanda de puestos de trabajo y de asistencia sanitaria, «un sueño» para todos en 1963, que culminó con la aprobación de la Ley de Derechos Civiles y con la Ley del Derecho al voto de 1965. Mis campañas de 1984 y 1988 a la Presidencia de EEUU fueron, por encima del color de la piel, un eslabón más de esta cadena que nunca se ha roto. Las manos que en tiempos recolectaron algodón eligen ahora presidentes. Es un día nuevo y un camino nuevo para Estados Unidos.

Estados Unidos está madurando y cambiando a mejor mientras tratamos de ver cumplidos nuestros ideales más excelsos de igualdad, libertad y democracia. Los viejos muros de la segregación, la división y la ignorancia están siendo reemplazados por puentes cimentados sobre la esperanza y la unidad, porque las personas de todas las creencias, colores y procedencias logran más si actúan al unísono. En este sentido, la victoria de Obama es un momento de auténtica liberación.

Martin Luther King habría celebrado su victoria y habría hecho que nos centráramos en rematar la obra que aún no ha terminado. Transcurridos 40 años desde su muerte, cuando Obama entre en el Despacho Oval las

dos cuestiones más importantes sobre su mesa de trabajo serán poner fin a la Guerra de Irak y a la crisis económica en el país.

ESTE martes asistimos a un momento de esplendor de nuestra política, aunque se cierna la oscuridad sobre nuestra economía. Todos nosotros (y me refiero a todos nosotros en todo el mundo) estamos atrapados en la peor crisis económica desde la Gran Depresión y no se le ve un final. La avaricia y el ansia de ganar dinero que tipificaron el capitalismo industrial de principios del siglo XX han encontrado su igual en el capitalismo financiero de los tiempos modernos. En Estados Unidos tenemos un sistema financiero que se ahoga en sus propios excesos. La asistencia sanitaria está hecha una ruina. Se está produciendo un cambio climático catastrófico. Se extienden por doquier las desigualdades y la pobreza. Las infraestructuras se están viviendo abajo. En suma, la estrategia económica global ha fracasado.

Los datos en EEUU son desalentadores: 38 millones de personas viven en la pobreza, lo que supone casi el 13% de la población de la nación más rica de la tierra. El 30% de los niños afroamericanos son oficialmente pobres. Y alrededor de 45,7 millones de ciudadanos carecen de seguro de salud. Hemos globalizado el capital sin haber globalizado los derechos humanos, los derechos de los trabajadores, los derechos de los niños o los derechos económicos. Es una vergüenza moral y ha llegado la hora del cambio y de librar una nueva guerra contra la pobreza, aquí, en los Estados Unidos, y en todo el planeta.

Todo el mundo necesita un impulso al estilo del New Deal de Franklin Roosevelt, un impulso al estilo de la guerra contra la pobreza de Lyndon Johnson, donde las grandes ideas lleven a adoptar grandes medidas.

Obama representa en estos momentos ese impulso a nuestra oportunidad en la historia. En medio de la actual crisis económica interna y mundial surge una nueva oportunidad para «redimir el alma de los Estados Unidos», como el doctor King profetizó y alentó.

Debemos cultivar nuestra tierra prometida. El plan de recuperación económica de Obama debe irrigar las raíces desde abajo, no sólo las hojas por arriba. Su plan tiene que llevar el desarrollo a nuestros barrios, reconstruir nuestras ciudades, educar a nuestros hijos, proporcionar asistencia sanitaria a todo el mundo, dar de comer a los que pasan hambre, dar cobijo a los que no tienen techo, preservar el aire que respiramos y el medio ambiente en el que vivimos y perseguir la justicia. Tenemos que invertir en la consecución de esos cambios. No podemos cerrarnos nosotros mismos la salida de esta crisis con reducciones de impuestos.

Los ciudadanos sólo pedimos una política económica equitativa, cuyos principios sean la justicia y la igualdad de oportunidades, sin discriminación racial. El pasado verano, todos los países vimos a nuestros atletas competir en los Juegos Olímpicos de Pekín y también vimos cómo recibían su correspondiente cosecha de oros y platas. Los atletas triunfaban porque el terreno de competición era igual para todos. Pues bien, cuando en el frente económico el terreno de juego es el mismo, las reglas son públicas y los objetivos están claros, todos tenemos oportunidad de ganar. No hay déficit de inteligencia, hay falta de oportunidades.

Esto no implica dar de lado el trabajo. Al contrario, cuando Barack ponga su mano encima de la Biblia esta tarde y pronuncie su juramento, lo hará

sabiendo que éste no es momento de descansar. Es tiempo de liberación y de un nuevo cambio. Hay una esperanza renovada en que su Gobierno aprovechará la energía popular para reconstruir la infraestructura, de abajo a arriba, ladrillo a ladrillo, sentando las bases que cierren la brecha de las desigualdades y planten cara a la pobreza.

TODO EL MUNDO tiene que ponerse manos a la obra. De eso va nuestra coalición. La mayoría de los estadounidenses pobres no son negros. Son blancos, mujeres y/o jóvenes. Son pobres trabajadores, pobres parados, pobres no cualificados. Son veteranos que vuelven a su casa mentalmente trastornados. El nuevo plan de recuperación económica debe salvar este abismo entre ricos y pobres.

Obama va a hacer frente a una miríada de dificultades. Hay grandes esperanzas en que fije un nuevo rumbo a la política exterior y al papel de EEUU en el mundo; de que dé marcha atrás a la política de ataques militares preventivos, a la política de planteamiento unilateral, de violación de la legislación internacional bajo el disfraz de que se está librando la guerra contra el terrorismo. Hay muchas esperanzas en que la retórica de la división y el miedo dé paso a iniciativas que faciliten el diálogo y reconstruyan alianzas. Hay grandes esperanzas en que ponga fin a la Guerra de Irak, de que se incline a favor de unas negociaciones pacíficas y de que contribuya al fin de la violencia en Oriente Próximo de forma que puedan coexistir Israel y un Estado palestino.

Ha llegado el gran momento de que Estados Unidos restaure su reputación internacional y vuelva a ser una vez más esa nación que destaca por sus valores de democracia y libertad en lugar de su poderío militar. De un extremo al otro del planeta, los pueblos y los gobiernos

están mostrando sus simpatías por Obama y eso se debe a que no contempla el mundo a través del ojo de una cerradura.

Así pues, cuando Barack levante la mano y pronuncie su juramento como presidente, va a heredar por una parte el jardín y, por otra, el desierto: la tierra prometida y los desoladores problemas que tiene por delante. Para mí, será un momento de alegría sin límites por todo lo que ha conseguido la campaña en pro de los derechos y libertades. Si esto puede hacerse en Estados Unidos, ¿por qué no en Francia, por qué no en el Reino Unido, por qué no en el resto del mundo? Los muros que en tiempos restringieron las posibilidades de los hombres en función de su raza y su sexo se están viniendo abajo en todas partes.

Hoy va a ser una fiesta grandiosa. Para los norteamericanos supone un tiempo en el que reflexionar sobre nuestro turbulento pasado y en el que proyectar nuevos remedios a los problemas a los que nos enfrentamos. Esta tarde nos vamos a poner nuestros zapatos de baile y mañana nos pondremos nuestros zapatos de andar para continuar con la carrera de los derechos y libertades. Todavía quedan cosas por hacer. Así pues, en este momento sublime de la Historia, yo tendré presente la distancia que hemos recorrido y también la distancia que todavía nos queda por recorrer. Se palpa la esperanza en el ambiente y la ayuda viene de camino. Mantengamos viva la esperanza.

*Jesse Jackson es uno de los más destacados activistas por los derechos humanos. Fue candidato a las primarias en el Partido Demócrata de EEUU en 1984 y 1988.

